

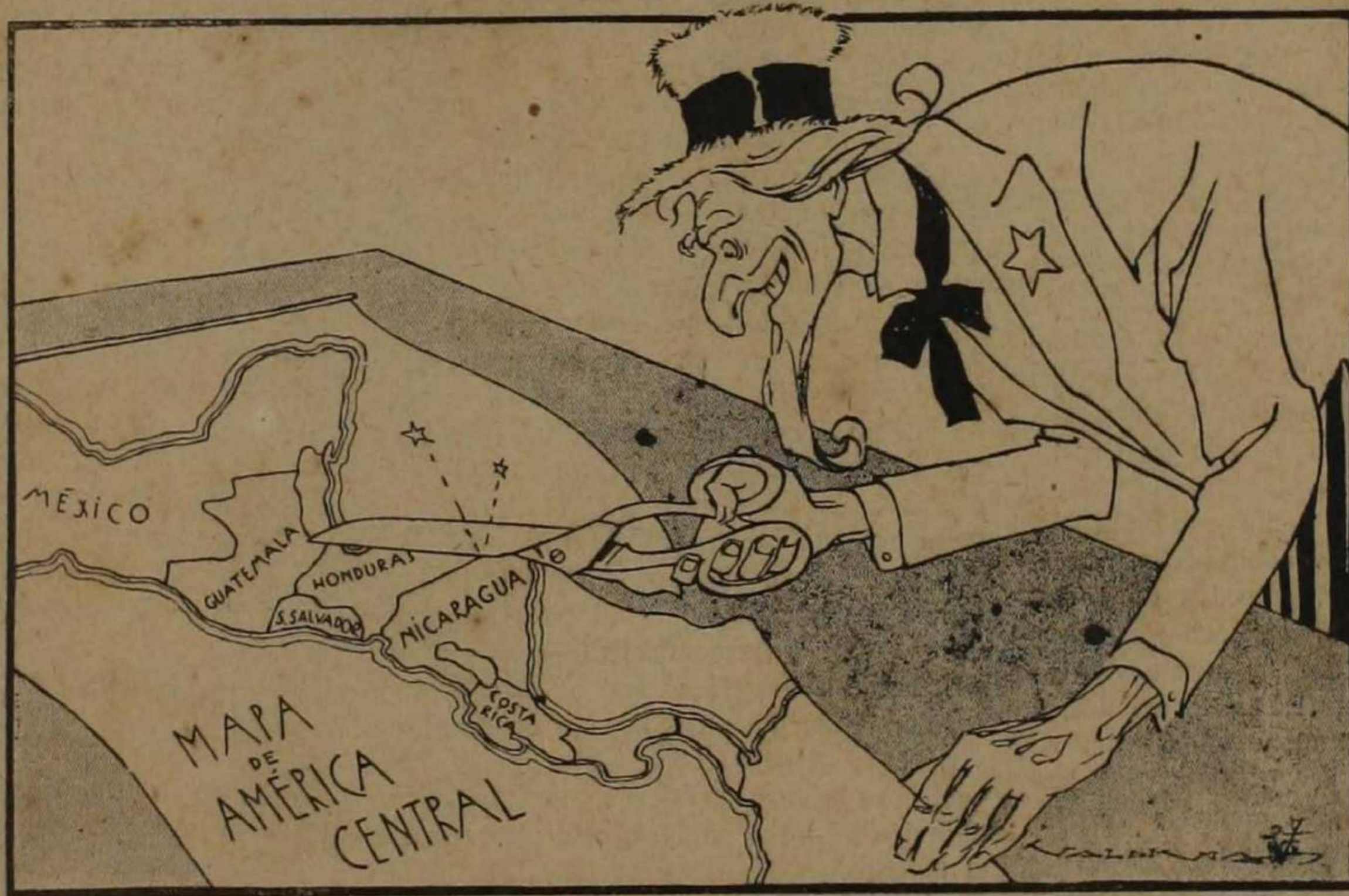
San José, Costa Rica 1927 Sábado 26 de Febrero

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Mr. Moorse ante el mapa de la América Central*, por Manuel Ugarte.—*Un hombre civil*, por Rómulo Tovar.—*Mensaje a los jóvenes yanquis* de M. VINCENTI, por Andrés Avelino.—*Cuestionario*, por Diego Vicente Tejera.—*Página lírica* de Arturo Torres Rioseco.—*Respuestas impersonales*, por Roberto Brenes Mesén.—*Dos novelas de las pampas*, por Joaquín Edwards Bello.—*Homenaje a Berta Singerman*.—*Homenaje a Paco Rodríguez Ruiz*.—*Una Escuela de Agricultura* (II y fin), por Justo A. Facio.—*Bibliografía titular*.—*Señas de escritores*.—*La doncella heroica*, por Ricardo Fernández Guardia.

...Al llegar a las habitaciones donde se alojaba habitualmente cuando venía a Bocas del Toro, Mr. Moorse abrió un mapa, lo colocó sobre la mesa y se quedó contemplándolo.

Sostenida por la península de Yucatán, como por una mano nerviosa que salía de México, la antigua Capitanía General de Guatemala, llamada hoy América Central, se extendía perezosamente entre dos mares. Empezando por el extremo norte, aparecía la república que conservó el nombre primitivo, con Puerto Barrios sobre el Atlántico y las bahías de Champerico y San José sobre el sur. El primer eslabón de la omnipotente compañía se afirmaba en aquel antiguo feudo, donde una terca tiranía dejó intacta la maleza, sin más luz posible en el futuro que la que naciera del esfuerzo y del capital extraño. Corriendo los ojos, se veía sobre la costa del Pacífico la República de San Salvador más pequeña, más densamente poblada que su hermana limítrofe, más industrial, aunque también sujeta por la exigüidad de su volumen a la inmovilidad. Alrededor de ella, y sacando el pecho como si se envaneciera de sus revolu-



Tío Sam.—A todas estas Republicuitas, hay que separarlas y correrlas hacia el Norte...

(Tomada de *Caras y Caretas*. Buenos Aires)

Mr. Moorse ante el mapa de la América Central

=De *El Camino de los Dioses*. (Novela de la próxima guerra), por MANUEL UGARTE. Barcelona. Ocurren las interesantes aventuras en Costa Rica. Recomendamos su lectura=

...Porque Moorse, el opulento especulador por cuyas manos pasaban las riquezas del país, no era solamente el brazo formidable de los trusts inverosímiles que extendían sus tentáculos alrededor del Continente. Ejercía, además, una influencia imprecisa y semi-oficial que le hacía pesar sobre los gobiernos locales y hasta sobre la misma representación americana.

ciones, se abría el vasto territorio de Honduras, con medio millón apenas de habitantes, y sin más ferrocarriles que los contruidos, para facilitar su comercio, por los capitalistas norteamericanos. Después, en forma de corazón, con dos heridas que eran sus pintorescos lagos, se dibujaba Nicara-

agua, la más fértil de todas aquellas patrias indefensas, y la más desgraciada también a causa de sus políticos, que habían arrojado a la hoguera el porvenir común. En la franja irregular que se iba estrechando al descender, se enroscaba después la pequeña República de Costa Rica, tranquila y culta pero adormecida como las otras. Y por fin, en la vada como el caluto de una pipa de marinero, surgía la República de Panamá, esforzándose por reunir en un supremo estertor de impotencia los pedazos de su organismo, cortado en cuatro por las posesiones del canal.

Ahí estaba la América Central; ahí estaba una extensión de doscientas mil millas cuadradas, habitadas apenas por seis millones de hombres que, en vez de valorizar las fabulosas riquezas de su suelo, no habían tenido en un siglo más ideal que despedazarse entre sí, divididos en naciones paradójales que se combatían a veces bajo los pliegos de la misma bandera, y que llevaban como símbolo en sus escudos las armas que no sabían fabricar. ¿Qué se podía esperar de esos pueblos en la lucha cada vez más inminente entre la

civilización occidental y las acechanzas asiáticas?

Mr. Moorese pertenecía al grupo de los norteamericanos severos. Ajeno a todo sentimentalismo, penetrado de su esencia superior, juzgaba que aquellos pueblos habían corrido ya su albur. De haber traído al mundo cualidades positivas, dignas de perdurar, lo hubieran hecho ver en un siglo de independencia. No cabía la inmovilidad ante el desorden endémico. Asistir con los brazos cruzados al miserable proceso de descomposición, era hacerse, en cierto modo, cómplice de una catástrofe. La libertad y la independencia sólo se tradujeron para esas zonas en riquezas abandonadas, en muchedumbres analfabetas, en epidemias mortíferas, en matanzas interminables, en terco atraso, en perenne dolor. Era un sarcasmo hablar del derecho de los pueblos a disponer de su suerte en regiones donde nunca hubo una elección; donde la masa tuvo que soportar invariablemente las violencias, los despojos y los asesinatos de un infimo grupo de aspirantes a la dictadura. Ya se había rendido demasiado culto a un espejismo, tratando como si fueran naciones verdaderas a esas entidades ficticias donde los naturales no hallaban razones de felicidad, de riqueza o de orgullo nacional. Al imponer abiertamente su disciplina y su fiscalización, al enfrentarse con las realidades, los Estados Unidos no harían más que devolver la paz a una región privilegiada, poniendo en circulación las riquezas para mayor felicidad de todos.

En un solo instante ponía en duda Mr. Moorese la justicia irrevocable de su razonamiento. En su sentir, sólo los ideólogos podían obstinarse en invocar abstracciones y principios. La ley era la misma en las ciudades y en el mundo. Las sociedades, a medida que se depuran y se elevan, se erizan de códigos, de restricciones, de trabas a la libertad. Y así como los reglamentos municipales prohíben arrojar las aguas servidas a la calle, o pacentar cordeles en las plazas públicas, la sensatez internacional condena a la tutoría a los grupos aturdidos que malogran el tesoro que les entregó la naturaleza y son obstáculo a la evolución de las grandes naciones. Él había sido partidario siempre de una política categórica. Los Estados Unidos tenían una misión que cumplir.

MANUEL UGARTE

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Un hombre civil

Don Julián Volio Llorente, es un nombre cuyo eco se mantiene vivo en la conciencia costarricense. Se mantiene vivo con admiración y gratitud. Perteneció a la generación de hombres, como el Dr. Castro, como don Jesús Jiménez, como el Dr. Figueroa, que organizaron la República después de la guerra nacional. La historia costarricense no se ha hecho, y no se tiene sentido de lo que significa para la nación este período histórico, que desde el punto de vista de las ideas nuevas y liberales, es acaso el más importante en la vida nacional. Después de la guerra del cincuenta y seis, el país asume la responsabilidad de sus destinos; es decir, aquel acontecimiento le sirve para comprender la necesidad de constituirse en una nación moderna. En esa época, las cuestiones de cultura adquieren en muchos hombres, uno de ellos es el señor Volio, un valor real.

Hacer la escuela costarricense, convertirla en la institución fundamental de la República, crear en su seno el tipo de ciudadano costarricense, levantarla como una antorcha en lo alto de una torre para iluminar el porvenir por un siglo o más, es la más grande idea que aparece con signos dominantes en el pensamiento de los patriotas durante toda nuestra modesta historia de pueblo libre. Lo que nos ha salvado a nosotros del desorden que enfermó a otros pueblos, es el concepto que por la acción lenta pero perseverante de la escuela hemos llegado a formarnos de la libertad. No hemos usado de la libertad para necesidades políticas o de bandería; la hemos usado en cambio para perfeccionar nuestra justicia, para organizar nuestras fuerzas activas, para vivir en paz, para crear instituciones nuevas, para ganarnos el respeto y la consideración de otros pueblos, más grandes que el nuestro.

Esta es obra de aquellos hombres en la parte más considerable; porque ellos tuvieron que trabajar contra añejas costumbres,

porque ellos tuvieron que destruir una ideología de cerca de cuatro siglos, la que había creado el régimen colonial de servilismo al rey y de sumisión al sacerdote. Lo que nosotros vemos hecho ahora, lo que nos parece natural y fácil, lo que vivimos por hábito, en gran parte, es obra de estos grandes varones. Hay en ese período a que ellos pertenecen la tiranía de Guardia, pero la tiranía de Guardia es una de esas naturales reacciones que padecen los pueblos en su tremenda lucha consigo mismos. La tiranía de Guardia no cultivó nada, no pudo detener la marcha de los sucesos, el ritmo nuevo que aquellos hombres, como el señor Volio, habían dado a la joven nación. Después de Guardia, comienza una época de grandes reformas liberales y democráticas. El sello impreso por estos hombres en la historia de su país fué profundo.

Ahora que se recuerda el centenario del señor Volio debe advertirse un vacío. Debe escribirse el libro de esta noble vida de hombre, sobre todo, el libro donde se recojan las lecciones escritas y perdurables con que él como hombre de pensamiento, ha contribuido a la historia de su país. Falta este monumento, el mejor que se puede ir levantando, para hacer más viva su imagen en las generaciones republicanas nuestras.

RÓMULO TOVAR

San José, C. R.
Febrero de 1927.

Dr. Gilberto Maldonado

Cirujano Dentista

Asepsia escrupulosa. Esmerado trabajo, práctica general. Satisfacción garantizada. Precios razonables. Equipo moderno y completo. Oficina: Avenida Central, frente a la tienda de Jaime Carranza.

Teléfono N.º 962. Apartado N.º 680

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

SAN JOSE — COSTA RICA

Mensaje a los Jóvenes Yanquis de M. Vincenzi

ME ha llegado el último libro de Moisés Vincenzi, el más fuerte de los jóvenes críticos americanos. Hace varios años que el filósofo costarricense viene en esta gloriosa batalla por conquistar los destinos cósmicos de América.

He seguido de cerca y he compartido siempre con él esa inquietud noble del espíritu, aún cuando por trayectorias a veces esencialmente distintas. Su pensamiento, su modo de llegar a tal fin, ha tenido tres etapas de evolución muy demarcadas, tres campos de batalla, en los cuales el filósofo, el artista, el crítico o el político, ha puesto siempre en alto el nombre de América. Al primer período de evolución corresponde su labor filosófica de *Ruinas y Leyendas*, *Diálogos Filosóficos*, su obra definitiva, *Mensaje a la Juventud de América*, etc. En el segundo, es el artista desbordado en su concepción personal—postumista, en manifiestos espirituales, en labor fecunda y silenciosa de cenáculo o de austeridad doméstica. A esta evolución pertenece *Atlante*, la primera novela espiritual, postumista o esencial que se ha escrito en América. El tercer período de evolución lo inicia Vincenzi con su seria encuesta de REPERTORIO AMERICANO, la primera revista intelectual de Hispano-América, que dirige nuestro amigo, el ilustre García Monge, sabio pastor espiritual del pensamiento hispano-americano. Le siguen *Caracteres Americanos* y *Mensaje a los Jóvenes Yanquis*, de que me ocupo ahora. Sólo en la última evolución divergemos, y no es ésta la primera vez que me veo obligado a decirlo. Moisés Vincenzi, buceador incansable, surge de las profundidades del espíritu para deslumbrar a América con sus destellos luminosos

en la esfera de lo político. ¿Y no sería más bello, más ideal, más positivo, aunque más lento que, en un dinamismo profundo y absoluto, llegásemos a la periferia del vórtice para caer de nuevo en su centro, y en una dinámica silenciosa, ir creando el hombre esencial que ha de salvar los destinos cósmicos, no ya de América, sino del mundo? Él se abandona en la demagogía política del libro y como el malogrado Edwin Elmore, en la infructuosidad de los congresos. ¿Y por qué, en una labor más esencial, no nos infundimos en el alma del hombre que en la escuela, todavía no ha tenido la fata-

Mi admirado García Monge:

¿Cree Ud. que merece la atención de nuestro REPERTORIO este trabajo? Por los problemas que trata, que no son ya locales sino de América y que constituyen las aristas más salientes de su apostolado, se lo envío.

Su admirador y amigo

ANDRÉS AVELINO



lidad de formalizarse del todo? No quiero establecer virtud o excelencia de una evolución sobre la otra, sino eficacia. Ambas labores tienden a un mismo fin noble y grande. Pero la obra no se ha de realizar en la política, aun cuando ésta se llame «continental». Es un trabajo más grave, más silencioso, más profundo el que pesa sobre nuestros hombros y es en el arte y en la escuela, donde hay que realizarlo. Hay que esencializar la enseñanza a la vez que el arte y la ciencia en toda la América. Es la obra del humilde y desconocido maestro, del maestro esencial que

ha de acabar con ese formalismo canceroso que heredamos de Europa. Después, todo será, hasta el nuevo político que surja, esencial, consciente del alto deber que tiene que cumplir. Sin esto, lo demás, es estar lanzando palabras al viento.

¿Su bello *Mensaje a los Jóvenes Yanquis*, es un poema amargo y doloroso, por las amargas y dolorosas verdades que dice, y por las amargas y dolorosas verdades que no puede decir. Es una raza impotente y dislocada que le habla a otra raza impotente y dislocada también. ¿Y quiere Ud., Vincenzi, que le diga, sin que lo oiga Arturo Torres Ríosco, esto que es más doloroso aún? La raza sajona es formal, tan formal como la nuestra, pero no gasta sus fuerzas en querer demostrar espíritu donde sólo hay pura forma. FORMALISMO. Este es el gran mal de que adolecemos nosotros, de que adolecen ellos, de que adolece el hombre actual del planeta. Ellos nos aventajan siquiera en que se conforman con la cantidad de espíritu y de forma que honradamente realizan.

¿Y no cree Ud. que el imperialismo, el capitalismo, el caudillismo, el politiquismo y demás males menores que sufren las Américas y Europa, con efecto inmediato de esa causa primordial que es el formalismo? Lo que es necesario combatir es el formalismo, y éste, como la yerba mala, no se extirpa si no es de raíz. Hay que lanzar nueva simiente para cosechar nuevos frutos. Se comienza por el arte, por la belleza a infundir de esencia lentamente la conciencia del hombre y se completa la obra en la escuela, con la nueva ciencia esencial y cósmica. Pero para realizar esta gran labor se tienen

que destruir muchos hombres, muchos métodos y muchas cosas. Y he ahí el insalvable problema. El hombre tiene ya que ser superior para destruirse a sí mismo. Y no es capaz de destruir en bien de la humanidad, en bien de sí mismo, sus intereses creados; no es siquiera capaz de destruir un armario inservible que le estorba.

Por lo demás, su mensaje, sencillo y sobrio como todas las cosas suyas, determinará ¿por qué no? un acercamiento espiritual saludable entre estas dos juventudes que se desconocen, entre esos dos pueblos que se odian sin comprenderse, ayunos de la

verdadera filosofía esencial humana que ha de virtualizar al hombre ante sí mismo y ante la Naturaleza.

ANDRÉS AVELINO

Colina Sacra,
Santo Domingo, 1926.

CUESTIONARIO:

1.ª—¿Cree usted en un posible conflicto internacional entre Japón y los Estados Unidos, en la disputa de la supremacía comercial del Océano Pacífico?

2.ª—¿Qué actitud aconsejaría usted a los países de Ibero-América en el caso preciso es estallar este gran conflicto?

3.ª—¿Qué podría o debería exigir Ibero-América a los Estados Unidos ingleses para realizar una defensa colectiva del Continente?

Matanzas, octubre 26 de 1926.

Señor Moisés Vincenzi.

San José, Costa Rica.

Distinguido amigo:

Consecuente con su circular que viene al pie de su *Mensaje a los Jóvenes Yanquis*, que he leído con sumo gusto y satisfacción apreciándolo en lo mucho que vale, tengo el honor de satisfacer las preguntas que en ella se formula expresándole mi sentir en tan honda e importante materia.

I

Creo inevitable un choque y no en tiempos lejanos, entre el Japón y los Estados Unidos del Norte de América; en primer lugar, por buscar la primera Nación el predominio comercial del Océano Pacífico que es de inmensa necesidad para ella. En segundo lugar, porque el Japón ambiciona las colonias del Pacífico americanas, para tener estaciones navales aéreas y obtener sus productos que son muy necesarios. En tercer lugar creo inevitable el choque, porque los japoneses en sus sentimientos patrióticos y raciales han sido muy heridos por los Estados Unidos, quienes para proteger el trabajo nacional los han tratado de manera no muy aceptable; y en cuarto lugar: porque dado el poderío adquirido en estos últimos tiempos por los Estados Unidos, conviene sobre manera a las potencias europeas que luchan por la supremacía que sea abatido, sin que ellos se debiliten y pierdan en la contienda sangre, dinero y comercio. Eso sólo es bastante para que el conflicto se presente y no tarde porque el Japón es una palanca utilizable para llegar al fin deseable por las naciones organizadas en los moldes egoístas y capitalistas actuales.

II

En caso de estallar el gran conflicto entre el Japón y los Estados Unidos, mi consejo a los países ibero-americanos es el de la ayuda a los Estados Unidos con las fuerzas que dispongan y con los elementos que estén bajo su dominio. En primer lugar formulo este consejo por un motivo de gratitud. El americano desde el momento en que vió la luz el Mensaje famoso del Presidente Monroe, que tiende a evitar que las poten-

cias de Europa intervengan en la vida nacional e internacional de los pueblos de la América, se ha instituido, en defensor de las soberanías americanas contra todo poder extraño a la América sin importarles las causas, y desde entonces, como precepto de su No Escrita Constitución viene cumpliendo su compromiso sagrado contraído, no con ninguna entidad que pueda hacérselo cumplir, sino con ellos mismos, con sus propias conciencias. En segundo lugar, por conveniencia material de nuestras Repúblicas. Desaparecido o abatido el poder de la formidable potencia del Norte temida y respetada por su grandeza, no será con su doctrina de Monroe un valladar como lo es hoy para la intromisión de Europa en nuestros asuntos y para que las ansias imperialistas de ciertos pueblos, vengán a buscar de las débiles naciones que en América se desarrollan, positivas ventajas; o busquen por la fuerza y fútiles pretextos modos de obtener territorios como expansión territorial, o como estaciones para medios de abastecimientos. En tercer lugar, porque la dominación asiática en algunos de nuestros territorios pudiera ser causa de retroceso para nuestra civilización y nuestro grado de adelanto, porque no hay que olvidar que toda amalgama étnica entre conquistados y conquistadores cuando las razas son opuestas y las costumbres y los medios de vida distintos, produce un estancamiento en el desarrollo cultural de ambos pueblos que afecta hasta el orden moral; ejemplos elocuentes nos da la historia de este fenómeno social, de estas paralizaciones culturales que tan dañinas son para el futuro de los pueblos y de la humanidad.

El americano triunfante evita todo esto, por lo menos nos deja en el estado en que estamos. Y ¿qué peligros tendríamos con ello? Ninguno. Su actitud con todas las Repúblicas Ibero-americanas hasta ahora, no puede ser censurada en sentido de haber mermado los derechos internacionales de ellas por motivos egoístas convenientes a ellos solamente. El asunto de Panamá era de interés internacional más que local y las repúblicas americanas del Pacífico bien han ganado con ello; el americano no cogió para sí ningún territorio y fué perfectamente subsanado el daño que pudiera haberse causado. Le conviene a mi entender más a la América de habla española y portuguesa, ayudar al coloso en su formidable contienda, que virarle la espalda para que la América pueda entrar en otro sistema de vida.

III

Respecto a la tercera pregunta no creo que se les deba exigir nada nuevo, sino que permanezcan con respecto a nosotros en la misma actitud que hasta ahora, respetando nuestra soberanía absoluta y aportando sus fabulosos capitales para el desarrollo de empresas que nosotros con nuestras pobres fuerzas no podríamos acometer, y que nos traen adelanto, civilización, bienestar y vida para los pueblos. Exigirles condiciones de otra índole, sería pasarnos de la línea de

la razón, porque de ir nosotros a la contienda no lo haríamos sólo para ayudarlos con nuestra intervención sino que nos ayudaríamos nosotros mismos, pondríamos un valladar a las posibles desgracias del futuro como a grandes rasgos he apuntado al contestar la segunda pregunta de su notable circular. Por nuestra propia conveniencia intervendríamos y en ese caso sería ilógico exigir condiciones a una gran Nación que ayudáramos.

Estas son mis humildes opiniones sobre tan trascendental asunto; nada valen; no las hubiera exteriorizado sin su sincera petición.

Soy siempre su amigo que lo admira.

DIEGO VICENTE TEJERA

Señas de escritores

(Cambios. Nuevas firmas)

Jorge Mañach. Campanario, 70. Habana. Cuba.

Alicia Porro Freire. Barreiro, 2954. Montevideo. Uruguay.

Salvador Novo. Departamento de Publicaciones. Secretaría de Educación. México, D. F. México.

José Restrepo Jaramillo. En *El Espectador*. Bogotá. Colombia.

Jorge Cuesta. C/o de Gilberto Owen. Uruguay, 105. México, D. F. México.

Gilberto Owen. Uruguay, 105. México, D. F. México.

Rafael Maya. Bogotá. Colombia.

Alejandro Sux. Tonalá, 36. México, D. F. México.

Alberto Lleras. Consulado de Colombia. Buenos Aires. Argentina.

Luis Vidales. Rue Bassano, 8. Consulado de Colombia. París.

N. Forero Morales. En *El Diario Nacional*. Bogotá. Colombia.

Carlos Vicuña. Casilla 3694. Santiago de Chile.

Julio Gómez de Castro. Barranquilla. Colombia.

Tomás Carrasquilla. Medellín. Colombia.

Felipe Lleras. En *El Tiempo*. Bogotá. Colombia.

Salvador Salazar Arrué. San Salvador. El Salvador.

José Llorena. San Salvador. El Salvador.

Efe Gómez. Medellín. Colombia.

Salomón de la Selva. C/o de Tomás Montaña. Escuela de Verano. Universidad Nacional. México, D. F. México.

Agustín Loera y Cháves. 15 Bd. de la Madeleine. Consulado General de México. París.

Gastón Figueira. Calle Magallanes, 1070. Montevideo. Uruguay.

Dr. Cayetano Coll y Toste. Santurce. Puerto Rico. Antillas.

Enrique González Rojo. Lista, 25. Madrid. España.

Emilio Suárez Calimano. Libertad, 747. Buenos Aires. Argentina.

Página lírica

de Arturo Torres Rioseco

A Francisco Aguilera

Francisco, yo no sé
si estoy muerto o si vivo.
¿Y qué?
Han muerto Matusalén y Noé.
Ya he hecho mis piruetas.
He olido lirios y rosas,
y he bailado al son de castañetas.
¿Hay más cosas?
Es una barbaridad
que a causa del corazón
aspiren a la inmortalidad
Rubén Darío y Salomón.
Yo he simplificado la vida
y la muerte.
En América todo convida
a ser fuerte.
Y viviendo como mi abuelo
Don Juan Gorila
de nada me duelo
y nada me horripila.
Amo, como, vibro.
He aquí mi ideal hijo:
escribir un libro,
plantar un árbol,
tener un hijo.

El vientre es lo más importante

El vientre
es lo más importante
para la mayoría.
Comen cebollas,
ajos
y otras porquerías.
Nosotros los poetas
—flacos, pobres, melencólicos—
andamos huecos
como embudos.
Acaso sea conveniente
que en cebolla y ajo
metamos nuestro diente.
Y que los burgueses
en vez de ir al cinema
y leer las tonterías
de los hermanos Quintero,
comprendan todos los meses
una tragedia y un poema
(de 14 quilates).
Estos son disparates
dignos de Julio Verne.
El vientre será siempre vientre,
y el entusiasmo
pleonasma.

Soy poeta vulgar

Hay cierto placer íntimo
en ser poeta vulgar.
Hablar de tripas y gusanos
para epatar
a los frailes de la literatura
que dicen: «ósculos, cefirillo, Selene»
y en vez de nombrar a las hembras

por sus nombres de pila
nos encajan a Cloris y Filis.
Una jembra debe llamarse
Gregoria, Pancha o María,
ser robusta y de buena voluntad.
Lo demás es pura tontería.
Si Azorin y Valle Inclán
nos hablan «en señorito»
allá ellos,
que se lo coman con su pan.
Yo me quedo con los otros,
con los que doman potros,
y escriben en román paladino.
Hay que llamar al pan pan
y al vino vino.

Sátira

No hay escritor que no sea
grande... después que se ha muerto:
Cierto.

El siglo adora al profundo
artesano de la lira:
Mentira.

Un hombre tiene dos ojos
y no ve lo que ve el tuerto:
Cierto.

Cuando se va su galán
dicen que Marta suspira:
Mentira.

En letras como en la bolsa
anda la casualidad:
Verdad.

Y así cualquier gato es miembro
de la Academia Española:
Ola!

Y cualquier viejo prudente
lo es de la Correspondiente:
Decente!

El Rey quiso aprisionar
a don Miguel de Unamuno,
tuno!

Mañana coronará
a Francisco Villaespesa,
largueza!

Para ser buen diplomático
no saber leer, ser gordo,
prudente, viejo y apático.

Pirotecnias

La ciudad cuelga
de las estrellas
abracadabrante e hidrópica.

Así un vientre
lleno de gusanos.
Pomos de gasolina
pulverizan
hacia la luna.

Un obrero mugriento
improvisa y canta
poemas anarquistas.

Un borracho grita:

Vi...i...va la terce...era Internacion...al.

Un ciudadano
patriota y democrático
con la barriga llena
de longanizas y cebollas se horroriza.
Maquinarias de gendarmes
apretándose el corazón
se yerguen como torres,
y escupen a las luces eléctricas
toneladas de Democracia y Orden.

(El conductor del auto número 235 se ha
quedado dormido)

En neumáticos de seda
va corriendo el poema.
¡Malditos engranajes
estridentes!
Monstruo negro
la Democracia se me cae en las sienas.
Quiero aire, agua... o champaña.
Voy a ser anarquista
o fraile.

Las locomotoras son abejorros borrachos.
Para no perder la línea recta
siguen un punto de la lejanía.
Sus cabelleras negras se enredan
de los alambres telefónicos.
¡Oh, la Gorgona, oh, la Democracia!

Cien mil locomotoras
me han pasado por el vientre.
Yo extrangulo a Olmedo, a Almafuerite
y al Presidente de la República!

La estación
es la boca de Moloch
o uno de los muelles de Caronte.
No quiero morir, no quiero morir...
Ella me espera blanca y olorosa...
No quiero morir.

Oh Dios, ese fonógrafo
me ha dado una puñalada por la espalda.
Yo le disparo la escopeta
de mi sensibilidad.

Edison cae muerto...

Y ahora el combate se enciende:
La luna, Verlaine y yo
contra la Constitución y la Policía.
Yo grito: Viva el libre albedrío.
Viva Byron.
Una bala de carabina
me rompe el ombligo.
Mi cadáver es un lebrél ululante
los niños lloran en las casas...

La luna es la reina
y por lo tanto es inviolable
(legalmente naturalmente)
Me recoge los huesos
con sus manos amarillas
y los ensarta en un inalámbrico.
Mi cadáver se va haciendo muecas
hacia las ciudades celestes
(...Llevo un par de tijeras
para cortar los hilos que atan
a la ciudad de las estrellas).

...El conductor del auto número 235 se ha
despertado...



Lic. Víctor Manuel Rojas

Fotografado de J. CANOSSA.

(Retrato por PACO RUIZ)

Respuestas impersonales

1.—Una respuesta a Azorín

No, no. Ni fué lo primero ni será lo último la Inteligencia. El hombre construyó la mayor parte de su vida con los materiales de la emoción y del sentimiento. Sin esos elementos no habría podido aparecer la inteligencia, como capacidad de comprensión, como poder de creación. La belleza, cuya realización es ideal del Arte, se siente primero y luego se comprende o se comprende primero y luego se siente, pero sin esa cooperación de sensibilidad e inteligencia no existe el arte. Y menos aún el arte de vivir dichoso. Porque será maldito de los hombres el arte que no contribuya a hacer más dichosa y más noble la vida humana. Como serán malditas de los hombres

las ciencias y las filosofías que atenten a desecar la menos rica fuente de dicha de la humanidad. Por otra parte la inteligencia no es la más alta potencia del hombre. Quien juzgue que Cervantes o que Shakespeare fueron los hombres más inteligentes de su época está en un error irremediable. Ellos fueron agraciados con la más alta inspiración y poseyeron firme voluntad para llevar a buen término la expresión de todas las visiones de su inspiración. Ahora bien, la inspiración viene con la exaltación de la emoción y poco tiene que ver con la inteligencia. Por eso dijo Platón en su *Apología* que los poetas dicen cosas divinas, pero no saben lo que dicen. Si en el arte no existe el progreso es porque no depende

de la inteligencia—que si progresa—sino de la inspiración que viene de más allá de la inteligencia. Los artistas «elevan las sensibilidades» y mediante la exaltación del sentimiento también elevan la inteligencia. El ejemplo de los artistas que luchan contra las dificultades de la vida hasta realizar la obra de arte son una clara enseñanza de voluntad. El progreso no descansa, pues, en el exclusivo dominio de la inteligencia, sino en la colaboración del sentimiento y de la voluntad. El triunfo final no será de la inteligencia, sino del amor, que es todo sentimiento, todo inteligencia y todo voluntad.

2.—Respuesta a Ibérico Rodríguez

Leo en *Amauta*: «La vida es dolor y es inquietud pero es también ilusión: sueño que si pudiera realizarse aboliría el dolor y la inquietud. Y como la vida es un drama que se complica siempre y no se desenlaza nunca, la ilusión no está destinada a realizarse. He aquí ahora la profunda contradicción del misticismo que consagra la movilidad como absoluto: debe denunciar la perfidia de la ilusión porque todo cumplimiento es inmovilidad y negación de la vida; debe amar la ilusión porque ella es necesaria para dar al esfuerzo dirección y finalidad».

No, no. El misticismo no conoce esa contradicción, sino cuando cesando de ser misticismo se convierte en intelectualismo empeñado en la solución de un problema del místico. Éste distingue en la intimidad de su experiencia la realidad noumenal y la ilusión fenomenal. El intelectualista confunde estas dos cosas en el concepto de ilusión. La realidad noumenal es inmovilidad tan sólo en relación de la transitoriedad de lo ilusorio fenomenal, mas no en el sentido que se ha pretendido dar al absoluto puro, que no es objeto de la experiencia del místico. El «eterno presente» del místico como la inmutabilidad del mundo arquetípico platónico tan sólo son inmutabilidad y eternidad en relación con el mudar perpetuo, con el fluir incesante del Universo de nuestros sentidos intelectuales.

Supongamos que un físico investigando la naturaleza de la energía intratómica descubre que más allá de la potencia eléctrica que juzgó ser la causa hay una más sutil energía que es causa de todas las otras energías conocidas, llamémosla *ákáça* para darle el nombre vedantino. Tras muchas experiencias suyas y de sus colegas el físico llega a la convicción de que esa sutilísima energía constituye la esencia de todas las fuerzas de su mundo físico, de todas las sustancias de su Universo material. Tal físico estaría en las mismas condiciones en que están los místicos de todas las edades. Más allá de la ilusión transitoria ellos hallan la realidad inmutable. Y como esta realidad produce en ellos el transporte de una inefable felicidad porque llena a la vez todas las potencias de su ser al volver al mundo de los sentidos y de

(Pasa a la página 128)

Dos novelas de las pampas

MUCHA gente creyó que *La Gloria de Don Ramiro* no era original de Enrique Rodríguez Larreta, sino comprada por él. Esto fué una calumnia propalada por americanos; en España no hay quien crea capaz a un verdadero escritor español de hacer tan sucio mercado. La dignidad, el orgullo y vanidad de los escritores españoles son exagerados. En América no tenemos una idea clara de estos sentimientos y mucha gente cree que en cuestiones literarias se puede operar de la misma manera como en la compra-venta de casas o granos. En Chile he oído decir que tal elogio tributado a un artista chileno en Madrid provenía de las invitaciones y agasajos que éste prodigaba. ¡Profundo error! Pocos seres he conocido tan retraídos, dignos y desinteresados como los escritores españoles. Nótese bien que me refiero a los grandes escritores, ya que parte de la calumnia hecha a Larreta, o sea, la suposición de que compró *La Gloria de Don Ramiro*, libro que está por encima de las posibilidades de medianos periodistas o revisteros de toros, que, ellos sí, pudieran ser tildados de prevaricadores. La acusación injusta a Larreta no encontró jamás una base sólida: unos decían que la obra era comprada a tal; otros que a cual. Precisamente pude ver una vez a un eminente americano que preguntaba al escritor X si él era el autor de *La Gloria de Don Ramiro*. Este escritor respondió con negativa enérgica; casi enfadado. Dijo, volviéndose a mí: «Yo le mandaré una de mis obras para que vea cómo no puedo ser yo el autor de ese libro: mi estilo es otro que el de Larreta». Otro escritor y crítico de renombre me dijo: «*La Gloria de Don Ramiro* y el *Zogoibi* no pueden ser de otro que de Larreta; son pesados y pretenciosos como él».

Desechemos generosamente la idea de plagio, o superchería literaria de la primera obra de Larreta. Lo que hay es que en nuestra América tenemos la manía de no querer encontrar talento en la gente rica o aristocrática. Esto es mezquino, por no decir tonto. Cada año la crítica se empeña en descubrir a un negrito que nos presenta como genio, muy por encima de todos aquellos talentos auténticos que, rítmicamente, por etapas, aspiran a la suprema perfección. Esto lo llamo caridad cristiana, pero no crítica de arte, cuyo reino debe estar más allá del bien y del mal. El primer libro de Rodríguez Larreta se hizo sospechoso porque fué algo así como ganar la carrera de Maratón sin haber aprendido a andar. Esta es la característica de Larreta: no mostrar los forros, no dejar ver las debilidades, los comienzos, los tropezones. Ya maduro, de golpe, triunfa. Y esto proviene, como veremos, de su temperamento artístico, que nunca nos atreveríamos a llamar de escritor. No: Rodríguez Larreta no es un escritor. Este novelista es un pacienzudo, un químico, un bordador especialmente,

pero no un escritor. Eso no. Para mí el escritor tipo, el que sintió el virus incesante en su organismo; el que dijo lo que recordaba y lo que veía fué Dostoiewsky, antípoda espiritual de Larreta, reposado, rebuscador de la idea, de la frase, y en general, del recuerdo. En Larreta hay escasa memoria, esa memoria frenética que es la base del novelista. D'Ors dice que la fuente de todo talento es la memoria. Larreta es un bordador genial de otros siglos. ¡Quién sabe si sus abuelas españolas no fueron bordadoras de casullas de catedrales! Al leer sus novelas me lo figuro saturado de calma, en su sillón abacial de alto respaldo, frente a un bastidor donde, una a una, con paciencia magnífica, va ensartando perlas, gemas, lentejuelas que fabricó, que encontró, que rebuscó en sus viajes. En suma, es una novela escrita con calefacción central, pero no con esa alta temperatura del espíritu.

Ahí no hay arranque; ni un momento de olvido; ni una impaciencia; los nervios son iguales siempre. El resultado de esas virtudes de bordador es la obra perfecta, pero monocorde, unitona, monocolora. Sus cualidades orgánicas serían útiles a un verdadero escritor que pecara de exceso de impaciencia. ¡Pero cómo realizar tan milagrosas amalgamas!

En alguna parte del *Zogoibi*, como para no dejarnos dudas respecto a su método, hace la comparación con esos literatos que viven coleccionando frases para estamparlas como quien pega sellos en los casilleros correspondientes del libro.

Estas son las cosas que no hacen simpática para mí, escritor impaciente, impulsivo, con un pasado lleno de tropezones, la obra de Larreta, exasperantemente perfecta, de una pulcritud empalagadora. Si el *Zogoibi* fuera de un Hugo Wast, yo diría sin duda: «Es su mejor obra». Pero se trata de un libro de Larreta, escrito, según nos dicen, en diez años. Así nos resulta mediano.

Sentimos en esa novela la grandeza de la pampa argentina, y penetramos con emoción en la aventura campestre tejida con ese estilo pomposo, de sederías, de tapices. Pero llegamos al final, y no basta. Es un desenlace tan previsto, una trama de todos los libros escritos y por escribir... El hombre que mata a la amada por equivocación. La tragedia que gravitaba en las últimas páginas se desvanece. No llega Larreta, no consigue su infinita, visible pretensión de darnos *la novela argentina*, como Isaacs nos dió la novela colombiana. No llega Larreta, y su afán es tan visible, que el libro, con todas sus bellas cualidades, su perfección y estilo, es mediano. El valor intrínseco es lo que no encontramos en la novela *Zogoibi*. Cualquier cuento de Maupassant, el más corto, podría diluirse hasta el infinito con el trabajo de un Larreta. Una novela grande es siempre una aglomeración de recuerdos, un esfuerzo de memoria condimentado

con estilo y dispuesto con euritmia. La novela grande, inmensa, con multitud de personajes, resulta un esfuerzo de geometría por la dificultad del autor para armonizar. Tal es la novela rusa, con su tipo genial que es sin duda *Los hermanos Karamasov* y su descendiente directo que es *La guerra y la paz*. En Francia escribió a la rusa, Zolá; en España, Galdós. Einstein dice que la más grande novela de todos los tiempos es *Los hermanos Karamasov*, porque Einstein es ante todo cientista, y en esa novela hay anatomía y matemáticas. Sólo el genio pudo disponer armónicamente ese mundo. Larreta dispone frases, distribuye estilo y pequeñas escenas, pero nunca mueve multitudes. Considerando el esfuerzo de diez años en un hombre que dispone del tiempo y la tranquilidad y el sitio para pensar, el *Zogoibi* es poca cosa. No pretendo negar a los escritores el derecho de madurar y pulir; por experiencia propia he llegado al convencimiento de que uno de los mayores peligros es la facilidad para escribir. Tener paciencia y corregir está bien; de esa manera consiguió Eça de Queiroz sus admirables creaciones. Pero nosotros exigimos la evolución, si no en los métodos, por lo menos en el pensamiento. Muy lejos de ese ideal está el *Zogoibi*, novelón rezagado que pudo escribirse lo mismo hace cincuenta años. Larreta no siente la inquietud moderna; no lleva en su espíritu, el cine, la radio, el telégrafo, la aviación. Para los que ansiamos un arte vivaz, antifósil, de azogue, no hay emoción en el *Zogoibi*. Y no se crea que soy un cerrado para la literatura arcaica: entiendo que con materiales viejos pueden conseguirse maravillas modernas; tal es el caso de la otra novela gaucha que nos llega de Buenos Aires, casi simultáneamente con el *Zogoibi*. Me refiero a *Don Segundo Sombra*, por Ricardo Güiraldes, autor de gran porvenir de que me hablara ya Roberto Levillier hace dos años. En *Don Segundo Sombra* hay un horizonte más dilatado, menos filiales y bordados, menos rebuscada inflación, menos estilo. Después de leer el *Zogoibi*, me produjo una impresión reposante la obra de Güiraldes. La pampa se me aparece tal como es, en el estilo despojado de Güiraldes. Porque mostrarnos la pampa con retorcimientos de churriguesco y arte japonés, es un error. La pampa ha de ser descrita en estilo pampero. Por eso, a mi entender, triunfa el estilo de Güiraldes sobre el de Larreta. Sentimos en *Don Segundo Sombra* mayor cantidad de República Argentina. Larreta da siempre esa sensación de señorito perfumado, de hombre muy rico y cosmopolita. Güiraldes es el gaucho verdad, con facón y chiripá. La presión es mayor siempre y aunque no tiene el telégrafo en su estilo, nos parece más moderno que Larreta. La pampa, muy semejante a ciertas regiones rusas, va encontrando sus noveladores y va surgiendo ante nosotros con valores imprevistos: sus lagunas pobladas de aves raras; sus avestruces; sus aerolitos donde los indios ama-

(Pasa a la página 125)

La gran artista de la declamación Berta Singerman, que en marzo próximo llegará a Costa Rica

Extractos de juicios críticos

No he de analizar ¿para qué? —los comprensivos esfuerzos de esta criatura privilegiada, de temperamento refinado hasta lo enfermizo, de voz extensa y varia, múltiple de timbres, tan rica de sonoridades que va desde los graves tañidos de las campanas de Poe hasta los arpegios, de cristal lacrimoso, de la canción danunziana: *Eramos siete hermanas*. Además la rara emanación de ensueño divagado, en que se envuelve, como un fluido espiritual, la figura de Berta, sus ojos que parecen distraídos en una contemplación irreal—ojos de pupilas astrales—su temperamento eslavo—un poco hiperestésico, suprasensible—y esos silencios, cargados de energía nerviosa, que preceden a la palabra, nos preparan a la fascinación y, súbitamente nos desvanecen las sensaciones inmediatas de la realidad. Estamos en otro mundo sentimental y armónico, en donde la vida se desgrana en música; y las ideas, cayendo en el vaso mágico de la fantasía, se vuelven humo de ilusión. Berta es una sacerdotisa poseída del numen. Sus recitaciones no son exaltadas, sino sublimadas en una superación de vuelo psíquico. Y tal es su poder, que por su contagio, nosotros nos sentimos también con alas para poder seguirla.

LUIS G. URBINA

(*Universal*, México).

He aquí una mujer que trae la poesía en los labios y vuelve a encontrar el secreto, que parecía perdido, de la declamación poética. No es propiamente una mujer que declama: es toda la lira. Las facultades más extraordinarias nada son sin cultivo. En Berta Singerman se adivina el estudio intenso, el trabajo incansable, que realzan el don. Sabe a donde ha de llegar su voz: sabe darle distancia, lograr un imponente volumen o reducirla casi a un soplo. Si la comparación con un instrumento es inevitable, pensamos en el órgano con todos sus registros vivientes. Berta Singerman nos viene a recordar que la poesía es canto.

E. DIEZ CANEDO

(*El Sol*, Madrid).

Una vez el autor de *Cyrano* dedicó a la divina Sarah un magistral soneto que comenzaba: «En este tiempo sin belleza tú



Berta Singerman en una de sus audiciones poéticas al aire libre. (En uno de los prados de Chapultepec, México, D. F.)

todavía nos quedas»... Así la Singerman. Para regocijo del alma ella nos queda todavía.

J. DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

(*Excelsior*, México).

¡Las poesías en los labios de Berta Singerman cobran un valor tan increíble, tan impensado! Las recitaciones de esta artista sobrepasan el término corriente, salen de los límites estrechos de la realidad. Canta el verso, lo acciona, lo teatraliza, lo pone, digamos así, en acción y en movimiento.

JOSÉ MARÍA SALAVERRIA

(*La Vanguardia*, Barcelona).

Berta Singerman ha creado el género teatral de la declamación, constituyéndolo en espectáculo independiente y único.

MANUEL MACHADO

(*La Libertad*, Madrid).

Admiro en Berta Singerman el lirismo tan personal que pone en sus interpretaciones;

vibración musical ante todo, lo más esencial en toda obra lírica

JACINTO BENAVENTE

(*El Sol*, Madrid).

Berta Singerman marca el punto más alto que podamos conocer en orden al arte declamatorio.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

(*La Epoca*, Madrid).

Berta Singerman tiene la rara maestría que armoniza la voz, el ademán y el gesto en una sola emoción.

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

Berta Singerman, descendiente de los aedas griegos, vino a decirnos que en la obra olvidada de los poetas existe una fuente viva de renovación espiritual, y nos trajo, más que la idea, la acción y el ejemplo. Viejos y largos cadáveres de poesías fueron arrancados, por esa animadora genial, al túmulo de las bibliotecas, reanimados por el soplo vivificante de su talento, electrizados por la vibración de sus nervios, y arrojados, palpitantes de vida, exaltados por un alma nueva, a la multitud que escucha extática y silenciosa.

JULIO DANTAS

(*La Nación*, Buenos Aires).

El verso no es en sus labios solo música de palabras que regala el oído ni peregrinación de ideas y pensamientos de figuras y tropos que alucinan la imaginación. Berta Singerman hace con ellos algo más: los vive.

JOSÉ ELIZONDO

(*Excelsior*, México).

El arte de Berta Singerman tiene, además de su propio valor estético, de animación o de vivificación de la poesía lírica y narrativa, un vivo interés histórico, de clave de antiguas manifestaciones de la vida literaria. Berta Singerman es una ilustración viviente de las lejanas formas de la comunicación oral de la poesía. Oyéndola y viéndola declamar se comprende la representación unipersonal del *epos* homérico, por los aedas y rápsodas, según la explica Víctor Berard

(*Pasa a la página 122*)

Paco Rodríguez Ruiz

AGUDO observador, aunque no lo parece, de la vida honda, y hábil luchador en la práctica, su modalidad de artista es la síntesis de lo externo y la caracterización objetiva de sus intuiciones dentro de sus propias normas de belleza.

En sus caricaturas está expresado su temperamento; en sus caricaturas más que en sus cuadros al óleo, al menos para mí; diré por qué: las líneas sobresalientes, características, que Paco traza con tanta seguridad, son las que indican su *manera humorística* de percibir el mundo externo en sus contrastes ricos de sentido humano, de los que supo extraer sus gigantes aquel formidable caricaturista, Rabelais: la caricatura en conjunto, cargada de interpretación psicológica, acusa su actitud de explorador del mundo del alma, y de pescador de esencias y valores intrínsecos.

En sus cuadros prevalece su modalidad subjetiva; lo indica a las claras su técnica del colorido y la audacia con que lo emplea; lo indica en algunos de sus retratos, la postergación, sin descuido, de la experiencia física, y la exaltación de ciertos rasgos que tienden a expresar características psíquicas del modelo. Su evolución se ha verificado sin prejuicios: ¿habrá dado un salto en su educación estética pasando sobre lo clásico? Es un apasionado estudiante de la *pintura argentina*.

En este pobrísimo medio de cultura, sólo porque Dios es muy grande, se concibe que estos valores, como el que representa Paco, no se diluyan en el indiferentismo ambiente. Paco pudo seguir y admirar a Bagaría, a García Cabral y a otros maestros del humor y de las síntesis hondas de almas y hechos, gracias al REPERTORIO AMERICANO. Sus entusiasmos juveniles deben perdurar y depurarse para la *autosuperación*; no le importe cuando sabrán darle el estímulo que se merece. Eso sí *debe* buscar ambientes más cultos, esa es su *urgencia*. Aquí nadie compra, porque no se valora, una pintura; aquí adornan las salas con *cuadros* recortados de revistas de Yanquilandia porque son muy baratos. ¿No es cierto, Paco Ruiz, que vivimos en una República de grandes hombres prácticos?

CARLOS LUIS SÁENZ.

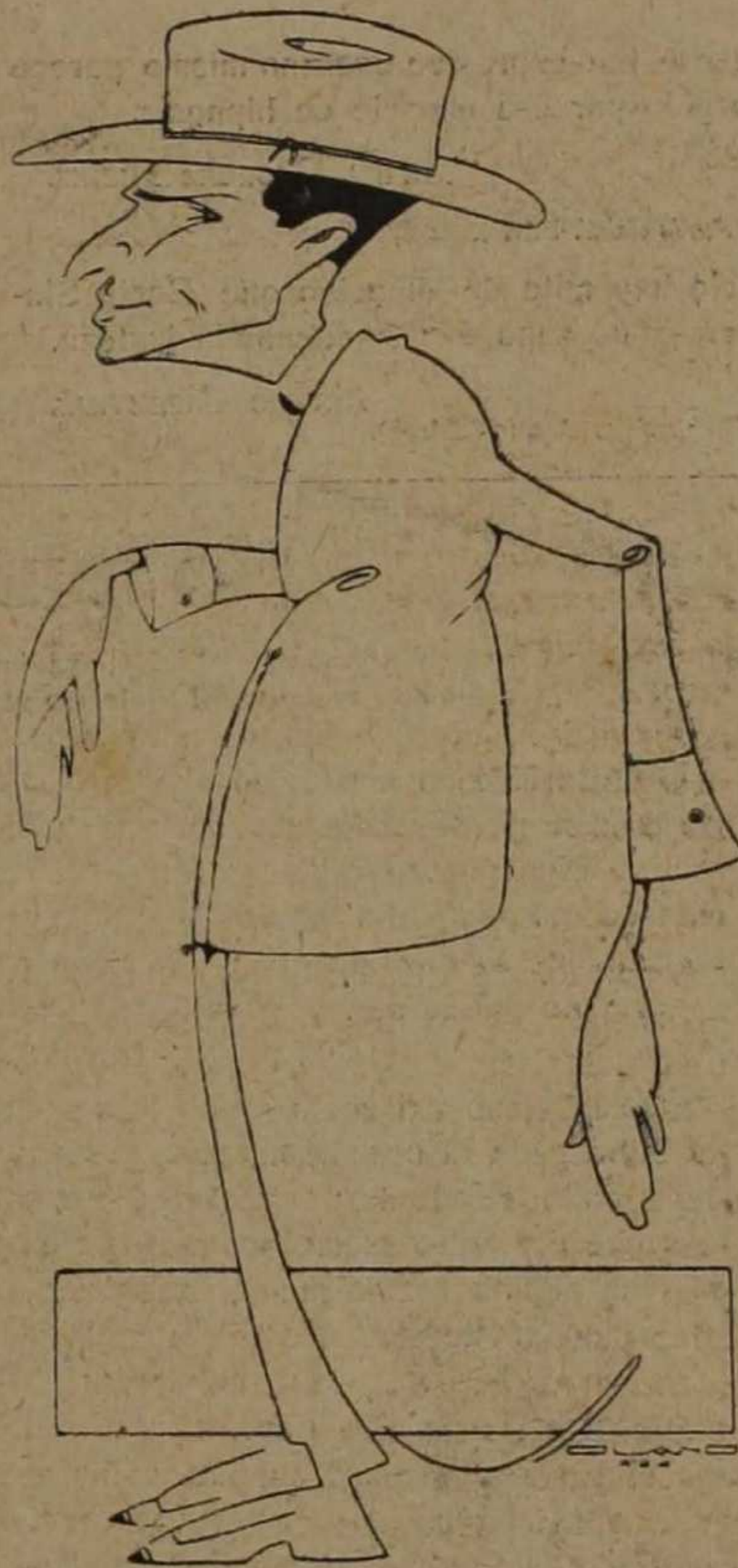
Enero, 1927.

No he necesitado ver los trabajos de Paco Rodríguez Ruiz, para saber que lleva consigo «esas puntas cruentas del arte». En los artistas los nervios son a manera de tentáculos que se adelantan muchos años —en el Greco siglos— al resto de los hombres.

Paco, es hábil y es atrevido. Ante sus trabajos he podido darme cuenta del poder intuitivo del artista y cómo lejos de toda civilización plástica, Paco ha sentido los brochazos que se dan por allá, en las grandes fuentes.

Rojitas es el motivo del trabajo expuesto en la Avenida Central, mitad es Rojas de

Los intelectuales de Costa Rica aprecian sus capacidades artísticas



Paco Rodríguez Ruiz

(Visto por NOÉ SOLANO)

hombre de arte, y de negocios. Si buen amigo, y muy loable, de los que van por este mundo con los tentáculos esos que predicen la civilización del mañana.

A Paco Rodríguez Ruiz: trabajar, y no olvidar, que eso que han dado los hombres en llamar genio, sólo es el resultado de una oficiosa observación,

MAX. JIMÉNEZ.

Me lo imagino como cuando chiquillo, en aquella habitual y retraída actitud meditativa, en muda interrogación de sus facultades íntimas, en la lenta gestación no sospechada de su alma de artista.

Paco posee genio y ama el arte. El sendero se le ofrecerá, pues, fácil, sin pedruzcos.

Su trabajo es el del silencioso discurrir de un hilo de cristal subterráneo: paciente, seguro y que no se manifiesta sino hasta cuando los cardos del sol le sangran en iris brillantes.

Dueño es de la humildad y la perseverancia. Esto hace que se le conozca poco y aún, que se le ignore completamente por algunos.

Pero su arte y su obra se impondrán. El es de los que saben triunfar.

El porvenir está abierto y sus alas serán fuertes para dominar la región azul.

EUCLIDES CHACÓN MÉNDEZ

S. J., 31-1-27.

La crítica corriente por más justa e inteligente que sea, por más que esté bien inspirada y lleve dentro de sus propósitos los más altos y generosos fines, nunca podrá realizar su deseo si no se coloca más de cerca del individuo y lo estudia y lo admira y lo quiere; no tanto por el valor intrínseco de la obra que haya realizado, como por el cúmulo de conclusiones que el crítico tiene oportunidad de apreciar dentro del «mundo circundante» del artista, que no es en manera alguna igual al del observador.

El sabio dice: «El pintor que quiere construir un objeto en el cuadro está obligado a darse suficiente cuenta de qué notas ópticas construyen un objeto y en qué relaciones están unas con otras estas notas en el espacio. Todos nosotros formamos un esquema óptico del objeto considerado en nuestra psique, que ni es una representación, ni una imagen, ni un concepto, SINO UNA MELODÍA DE MOVIMIENTO DE NUESTRA MIRADA. Esta melodía tiene que resonar si queremos reconocer un objeto. Pues reconocer no significa otra cosa que CREAR NUEVAMENTE DE UNA MANERA YA CONOCIDA».

El crítico debe tener entonces capacidades creadoras y no facultades exclusivamente analíticas que le alejan del mundo circundante del artista.

Paco Rodríguez es a mi entender, aun en su persona misma, una melodía del movimiento que logra transmitir y fijar en el lienzo, en virtud de su vibrante pincel, creaciones que corresponden a su propio ambiente psicológico y emocional. Respeto y admiro su labor porque preveo en su porvenir una fijación firme de su capacidad de artista.

MARCO A. ZUMBADO

San José, 24, enero de 1927.

No es mi ánimo dar un juicio sobre la obra de Paco Rodríguez, en primer lugar porque no estoy capacitada para hacerlo y después, porque su labor está apenas en el umbral de su vida de artista. A mí, lo que me conmueve en este muchacho es su inquietud por volar hacia todo lo que es arte, su anhelo de llevar al lienzo el encanto que hay en el color y en la línea. Cada vez que estoy con él, tengo la impresión de que las fuerzas, los deseos lo pasan a través de sus nervios como los de la gente que me encuentro todos los días; no, pasan impetuosos, sacudiéndolo todo, obligándolo a ponerse de pies si está sentado y a caminar si se ha detenido para que siga buscando lo que tiene que buscar.

¿A dónde lo llevará esta intranquilidad? Quieran los dioses que sea a beber en la fuente de dolor y de felicidad que ofrece el Arte a sus verdaderos elegidos.

CARMEN LIRA

Enero de 1927.

* * *

Paco R. Ruiz: un inquieto del Arte; ágil, nervioso, límpido en el manejo del lápiz. Su caricatura del rey de España es una atrevida síntesis psicológica, digna de aprecio. Sus rebeldías lo llevarán a la apreciación concentrada de la caricatura moderna. Un lector asiduo de libros esenciales. Tiene fe en su propio cultivo y asciende de manera obvia sobre su propia escala.

M. VINCENZI.

La gran artista...

(Viene de la página 120)

en su magnífico estudio sobre la *Odisea* y se nos pone al alcance de los sentidos lo más noble del arte del juglar de la Edad Media. Berta Singerman es la verdadera juglaresa moderna.

ANDRENIO

(GÓMEZ DE BAQUERO)

(*La Voz*, Madrid).

De Occidente ha venido—y de Oriente.— Se llama Berta. Y es una Voz envuelta en una llama.

EUGENIO D'ORS

(*Día Gráfico*, Barcelona).

Dueña de su justa figura, de su perfecta actitud, de su gesto acorde, de su expresión bellísima, de su gracia dierente, de su voz inverosímil, de su completa emoción.

Un poeta apartado, que no puede comprenderla ni recordarla más que en lo mejor y más resplandeciente.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

¡Qué excelsa personalidad de artista es la de esta mujer, que sola, crea el drama y, que con igual prestancia penetra en los arcanos del dolor, como en los de la ternura, como en los de la gracia y que tan presto llora o ríe, impreca o canta.

CARLOS GONZÁLEZ PEÑA

(*Universal*, México).

La voz de Berta Singerman que en mil ambientes caprichosos recorre la compleja escala anímica, mostrando todos los matices imaginables, es el gesto del alma sacudida por todas las vibraciones de humana condición.

JUAN N. HUERTA

(*Universal Gráfico*, México).

Berta Singerman recita con una voz profunda, angustiada a veces. Domina siempre su emoción y mide su gesto. Tiene en lo

físico la dureza, la sequedad voluntaria de la Duse, menos el italianismo de Susana Després con un acento más amplio. Antes de comenzar un poema parece caer en trance magnético y desde el primer verso, compréndase o no el idioma, la dicción es tan pura, el acento tan profundo, los ojos, el cuerpo tan expresivo que uno mismo parece poseído por esa especie de hipnosis.

MICHEL GEORGES MICHEL

(*Paris Midi*, París).

No hay nota de emoción que Berta Singerman no sepa dar con acabada justeza.

ARTURO CAPDEVILLA

(*Atlántida*, Buenos Aires).

El arte moderno es maestro en eliminación. Berta Singerman nos muestra lo que debe ser ese teatro. Esta artista admirable y moderna es un milagro en la tierra de América, donde representa la primera avanzada del teatro sintético, estilizado, filtrado.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

(*La Nación*, Santiago de Chile).

La Belleza, la única religión sin falsos mitos, ha encontrado en Berta Singerman una sacerdotisa exquisita.

ALEJO F. CARPENTIER

(*El País*, Habana).

No puede ser

=De París hemos recibido, ya impresos. Llega a tiempo. No sabemos quien sea su autor. El título *No puede ser*, se lo hemos puesto nosotros=

Que de México la fragua
resuelle hasta Nicaragua,
bien puede ser;
mas que el soplo del sajón
no aumente la quemazón,
no puede ser.

Que la mano del sajón
da bollo y da el coscorrón,
bien puede ser;
mas que el centroamericano
no alce alguna vez la mano,
no puede ser.

Que Kellogg el «pacifista»
sea muy largo de vista,
bien puede ser;
mas que América no entienda
que aquella «paz» es contienda,
no puede ser.

Que a Díaz, por ser infante,
le den tutor Almirante,
bien puede ser;
Mas que Sacasa el adulto
no lo tome como insulto,
no puede ser.

Que Latimer muy contento
haga la lluvia y el viento,
bien puede ser;
mas que no le hagan a él
la cruz con sangre de Abel,
no puede ser.

Que el yanqui en Puerto Cabezas
moje barco, haga lindezas,
bien puede ser;
mas que no halle en Puerto Frutas
las que provocó disputas,
no puede ser.

Que de Díaz el patán
busque un retrato el *Matin*,
bien puede ser;
mas que nos doble el martirio
sacando el de don Porfirio,
no puede ser.

Que más abajo de Honduras
ve el yanqui «influencias oscuras»,
bien puede ser;
mas que un barco con cañón
no sea clara intervención,
no puede ser.

Que yo cuide enhorabuena
mi casa, y deje la ajena,
bien puede ser;
mas que con «doctrina» y traza,
me entrometa en otra raza,
no puede ser.

Que apliquen sin ton ni son
su «Doctrina-irrigación»,
bien puede ser;
mas que algún vientre en el trance
a la cara se las lance,
también, también puede ser.

Que aten a los liberales
con unos puestos neutrales,
bien puede ser;
mas que a los conservadores
den armas sus armadores,
no puede ser.

Que Díaz sea un portento
de verbo y de complemento,
bien puede ser;
mas que no sea indiscreto
saber donde está el sujeto,
no puede ser.

Que Washington cobre a Europa
tanto por hombre de tropa,
bien puede ser;
que nuestra América cobre
de lo que Washington obre,
no puede ser.

Que el yanqui (habitual llaneza)
suba los pies en la mesa,
bien puede ser;
mas que por mor de interés
meta en mi tierra los pies,
no puede ser.

Una Escuela de Agricultura

II

(Concluye. Véase la entrega anterior).

El proyecto recientemente presentado al Congreso para crear una escuela de agricultura merece, a mi juicio, toda simpatía; la comisión que del asunto conoce ha dictaminado favorablemente; hay motivo para creer, por lo tanto, que cuenta con el apoyo de la representación nacional, lo que es de celebrarse. Por sus fines, la escuela ideada es del tipo común en Hispano América; pero, aun así, a más de sus efectos naturales, ya apreciados, ella puede llegar a promover en el país un enorme desenvolvimiento económico mediante un sistema de colonización en que los favorecidos por el Estado con tierras y con recursos sean hijos del país preparados en ese establecimiento. Según el plan que aquí se insinúa, el Estado donaría cincuenta hectáreas de tierra laborable a cada alumno hijo de padres pobres que en la proyectada escuela obtuviese diploma de perito agrónomo; esto, con todo, no sería suficiente para llenar el objeto de la donación, porque nada haría el agraciado con poseer terreno que, por inopia de recursos, no le es dable cultivar: a esa causa se debe el fracaso de la ley que a cada cabeza de familia pobre le dona una porción de terreno labrantío; hace falta que en este otro proyecto el Estado se muestre liberal en demasía y que también provea al alumno de cuanto a éste le sea indispensable para que cultive su predio: ¿a qué expediente se acudiría a fin de crear una renta con ese propósito? Pienso que no sería cosa del otro jueves eso de idear combinaciones felices, esto es, aceptables, y que entre ellas, tampoco disonaría la creación de un impuesto; hácese ridículos aspavientos siempre que se habla de establecer nuevos gravámenes; pero es la verdad que aun existen en el país industrias y negocios capaces de soportar sin sacrificio un pequeño gravamen, el que, cobrado desde hoy, representaría una suma cuantiosa de aquí a cuatro o cinco años, época hacia la cual apenas acertaría a salir de la escuela en perspectiva el primer contingente de alumnos graduados. Es natural que tales alicientes atraigan una numerosa clientela a la nueva institución; pero, a fin de que su obra se extienda rápidamente en todas direcciones, es también necesario incluir en la ley un artículo en cuya virtud cada municipalidad quede obligada a sostener de una a tres becas, con los peculios del cantón, en la Escuela de Agricultura. He aquí en resumen el plan de que debe deducirse todo el dispositivo de la ley.

Hagamos ahora algunas consideraciones. El desarrollo que en pocos años alcanzaría la agricultura por el medio que aquí se sugiere sería a la verdad incalculable, de modo que cuanto el Estado invirtiera en dar inteligente y generoso cumplimiento a la ley, la nación lo cobraría centuplicado en

riqueza, en progreso, en cultura. Otras no menos importantes razones dan valor muy señalado a este noble ejercicio de la agricultura: el amor a la tierra es una de las formas más características del amor a la patria: estará siempre mejor templado por el calor del patriotismo el hombre que se sabe dueño y señor de la heredad desflorada por la rejilla de su arado y en cuyo vientre se esponja el fruto de sus fecundaciones; no sería desacertado decir, por consiguiente, que la agricultura es una escuela de civismo. Obsérvese, si no, que la posesión de la tierra infunde en los labradores un principio de altivez o, más bien, de seguridad, que los hace sentirse más independientes en los tráfigos más recios de la vida ciudadana,—para muchos,—ocasión de lastimosas claudicaciones. Entre las enseñanzas que debo a Ricardo Jiménez,—mi amigo de la mocedad, mi ilustre candidato de ayer, mi querido Presidente de hoy, cuya tarea de depuración administrativa sigo con reconfortante complacencia,—recuerdo este aforismo, que encierra una profunda verdad: «Para hacer que un pueblo sea libre es necesario comenzar por asegurarle la independencia del estómago». He allí la obra del Estado que le procura al agricultor los medios indispensables para que cultive y explote su propia tierra. Piénsese ante todo en el servicio prestado al país por la institución docente que de cada alumno hiciese un experto en el ramo de agricultura, un propietario, un productor de riqueza y, por encima de todo esto, un hombre independiente.

Una fundación de esta índole y de esta magnitud es tanto más necesaria hoy cuanto, a lo que parece, la pequeña propiedad campesina ha disminuido en buena parte: nada difícil sería comprobar este aserto si se hiciese una investigación en el Registro Público; pero el curioso que trajine a distancia de los centros populosos, con cualquier motivo, no puede dejar de advertir cómo se han acumulado en una sola casa muchas pequeñas posesiones rurales; sin ir tan lejos, ahí, a la simple vista de los que vegetamos en estas urbes, están las enormes fincas, casi latifundios, que bajo su rúbrica ostentosa han logrado reunir insaciables acaparadores. Otra prueba de este fenómeno es la emigración desenfrenada de los campesinos hacia las ciudades: todos los desposeídos vienen a buscar empleo a su triste fracaso en los centros donde el vigor de sus músculos se anonada en una infecundidad monótona y depresiva. El desequilibrio se acentúa de modo chocante, si bien esa tirantez, digámoslo en puridad, no ha llegado aquí hasta ese extremo que en otros países provoca justamente las exaltaciones populares; de cualquier modo que sea, ello es notorio que aquí también se forma un

proletariado sordamente inquieto a causa de la desproporción puesta cada vez más de bulto entre el desahogo de las familias pudientes y la penuria a que están condenados no pocos trabajadores adscritos aún a la histórica esclavitud de la gleba, no por diferente de como existió en lo antiguo, menos real.

En estos últimos tiempos hemos presenciado dos grandes revoluciones, de carácter político ambas, porque su objeto visible fué derribar y destruir el régimen de tiranía, de opresión y de embrutecimiento a que estaba sometida la muchedumbre: la revolución rusa y la revolución mexicana. Pero, si de carácter político, cada una de ellas culmina y se impone, después de sangrientas luchas, con la solución ultraradical del problema agrario. En Rusia este movimiento cobra tal empuje que Lenine se siente cohibido para desarrollar en todas sus consecuencias el rojo programa comunista con que espera satisfacer las ansiedades del proletariado; el mujik, el antiguo desheredado, se aferra desesperadamente a la tierra por él conquistada, a guisa de botín, en las confusiones caóticas de la revolución, que organiza a trompicones el nuevo régimen; y, ante esa actitud de inconciliable rebeldía, Lenine cede y confiesa sin empacho que en buena parte sus proyectos de intransigente comunismo están en derrota: el pueblo ruso afirma su independencia sobre la posesión del suelo, que cultiva con afán receloso, y, de esta suerte, se realiza al fin el sueño, santificado por la abnegación, del sublime Tolstoi, el hijo amado del buen Jesús. La revolución de México, por su parte, ha restablecido en el país, con toda firmeza, la plataforma sobre la cual descansa un buen régimen democrático, durante cosa de seis lustros descaradamente suplantado por la más odiosa de las oligarquías,—la oligarquía de la plutocracia. Pero fué la apropiación del suelo, patrimonio hurtado por la avaricia con la complicidad de la ley, lo que dió carácter y trascendencia a ese grandioso movimiento de bravas reivindicaciones sociales: efectivamente, el paso por excelencia trascendental de la revolución por el ilustre Madero iniciada con favorable suerte, porque en un todo respondía a los clamores de la conciencia pública, fué distribuir entre los desposeídos aborígenes las tierras largamente detentadas por los protegidos y cómplices del viejo señor; de ese modo, la revolución de México llevaba valientemente a cabo un acto de justa reparación y resolvía, a la vez, definitivamente y en condiciones racionales, el problema de la propiedad agraria, con lo cual desaparece esa forma de feudalismo apenas disimulado por la libertad, en ocasiones sólo aparente, que tiene el trabajador para cambiar de amo, siempre, eso sí, que no esté reatado al terrateniente por el eslabón de una deuda contraída en forma de anticipo por trabajo. No pretendo yo, ello claro se dice, que la situación del proletariado costarricense sea comparable en nada con la situación casi única en que gemía el aldeano ruso bajo el régimen de



Otilio Ulate

Director de *La Tribuna*

(Caricatura de Paco Ruiz)

los zares; tengo por cosa fuera de toda duda, también, que la suerte de nuestros trabajadores fué siempre menos penosa que la del indio mexicano. Me pongo en términos justos, creo yo, al hacer estas apreciaciones. Sea como fuere, resulta innegable que la pequeña propiedad disminuye entre nosotros, absorbida por un capitalismo, aquí, como en todas partes, despojado de entrañas; de allí viene la población que afluye hacia las ciudades en demanda de ocupaciones a sueldo; el peonaje de las fincas, numerosísimo en varias, allí también se re-

cluta. Una distribución bastante homogénea de la propiedad rústica hacia que este país fuese una especie de Arcadia, en donde no era fácil contemplar los espectáculos odiosos y repugnantes en comarcas menos felices creados por la desigualdad de las fortunas; pero el equilibrio se rompe y se hace necesario, por consiguiente, adoptar y seguir una política previsora y resuelta, que mire de frente los problemas igualitarios de la vida contemporánea y que cuanto antes ponga en práctica los medios adecuados a socializar las fuerzas vitales del país en

organizaciones que excluyan supremacía o ventaja a favor de un individuo o de un grupo de individuos. El desequilibrio, ya lo dije antes, no ha llegado entre nosotros, dichosamente, a ese límite que suscita la intervención de la violencia para conseguir que cada uno reciba el fruto de su trabajo, proporcionadamente a la suma acumulada de esfuerzo con que contribuye a constituir el caudal considerado por el patrono como exclusivo patrimonio suyo. Por eso es por lo que en la vieja Europa el partido socialista vive en perpetua actitud de combate

frente a los intereses creados, más sólidos allí que en ninguna otra parte por el arraigo profundo que tienen en una tradición secular. Esto no obstante, y sólo por medios que estatuye la ley, lo que testimonia la fuerza de la opinión, el socialismo europeo se ufana no sin razón de triunfos que ponen el proletariado en posibilidad de defensa contra los rigores imprevistos de la adversidad y contra los rigores naturales del tiempo. Aquí mismo entre nosotros se practica ese socialismo de Estado, aunque sin sujeción a precepto alguno, de manera enteramente caprichosa, cuando, a expensas de la caja pública, se les concede pensión o auxilio a personas a quienes se supone en necesidad y sin medios para valerse a sí mismas. Al legislar ahora sobre los accidentes del trabajo, el Congreso de la República hace obra de generoso y loable socialismo. Otro tanto cabría decir si la representación nacional crease una escuela de agricultura, tal como aquí se concibe,

organizada de suerte que cada graduado pueda ejercer sus actividades en calidad de colono, mediante el auxilio que para ello, según antes se expone, le prestaría el Estado. La formación de núcleos agrícolas ha sido medio eficazmente empleado por repúblicas del Sur para colonizar determinadas regiones del país; con ese fin, a los colonos extranjeros el Estado los ha provisto no sólo de tierras, sino también de los útiles que exige el trabajo agrícola, de animales y aun de dineros. Otro tanto haría el Congreso si adoptase la idea aquí bosquejada y para eso habría de tomar en cuenta, además, que, a llevarse a cabo, la combinación derramaría el cuerno de sus abundancias precisamente sobre los propios hijos del país,—colonos ellos mismos de la dulce y amada tierra.

Julio de 1921.

JUSTO A. FACIO

NOTA.—En el artículo anterior, en la 1.ª columna de la página 108, en la línea 43, donde dice un nuevo proletario, debe leerse un nuevo proletariado.

Dos novelas de las pampas

(Viene de la página 119)

rran sus pingos; los silencios sonoros y los coloridos dantescos; la vida suspendida siempre del cielo ahí donde las nubes reemplazan a las montañas; las tempestades que destapan la imaginación. Va tomando relieves de verdad el gaucho y ese fruto heterogéneo de campo y ciudad que es el *compadrito*. La vida argentina se está mostrando en las imágenes verbradas de los novelistas. Los últimos gauchos, por lo mismo que se van o se ponen viejos, nos cuentan su heroica historia, casi su tragedia. Hay el gaucho bueno y el gaucho *matrero*, o criminal por fatalidad; de este último podrá decir la china, como la madre de los bandidos andaluces: «tuvo una desgracia y se fué pal monte». Actualmente el gaucho pugna por conservar su colorido y vigor del tiempo heroico, pero la civilización lo arrolla. En el teatro, en la novela nos lo pintan huído y melancólico, entonando la última copla *guapa* con el pie en la calavera de buey, las manos en la guitarra y la mirada perdida en el horizonte. Ya es paría en su propia tierra. En la novela de Güiraldes se destaca puro, sin amaneramiento; en la de Larreta es híbrido; se trata del señorito un poco libertino que tiene la imaginación puesta en la magia parisiense; se pone las botas y espuelas y luce el rebenque para que le admire una aventurera de nacionalidad indefinida. Frutos del campo y la cosmópolis, no alcanzan a ser el alma de las pampas esos personajes del *Zogobí*. Pero en todo caso ambas novelas, la de Larreta y la de Güiraldes, revelan amor a lo propio, resistencia a la absorción europeizante. Larreta, colocado en la Avenida Alvear, y Güiraldes a caballo, lejos de del Abdullah, de la Galería Güemes y del frigorífico inglés.

Pero una cosa común a ambos libros es la calidad de rezagados, esa cosa de atraso

que se nota, desgraciadamente, en toda obra americana. Nuestra literatura va a la zaga siempre, arrastrándose tras de otro arte. En Larreta notamos reminiscencias de los clásicos españoles; en Güiraldes, a pesar de su nacionalismo, recordamos a otros autores de Europa. América es como una nueva edición de Europa, es decir, se define hasta ahora como una Europa niña que empezara a sentir de nuevo los mismos fenómenos que Europa sintió en su desarrollo. Por eso, digan cuanto quieran los iberoamericanistas, carecemos de interés para los europeos. Es otro ritmo. En América se experimenta esa terrible cosa de sentir tarde: las palpitaciones llegan después. El mérito del que las percibe es el mismo, al fin y al cabo, pero de nada vale, tomando en cuenta la universal evolución. Es posible que un hombre en la línea ecuatorial tuviera grandes méritos estudiando la presión atmosférica, pero si llegara a inventar el barómetro, tras grandes esfuerzos, esto no tendría importancia para el mundo. Tal es lo que ocurre en nuestra América. somos inventores del barómetro, de aspirinas, de emulsiones de Scott, de palancas, etc. Llegamos tarde.

En una conferencia sobre el *Martín Fierro*, en Madrid, dijo Américo Castro que ese poema popular corresponde al periodo romántico, que en la Argentina se manifestó con algún retraso en relación con la literatura europea. Esto es lo que ocurre siempre: manifestaciones rezagadas. La vanguardia jamás. Yo pediría a cualquier crítico de arte americano, residente en Europa, que me dijera francamente si todo nuestro arte no sugiere la idea del pantógrafo o papel de calco. Jean Emar, que recibía todas nuestras novedades, en París, hacía casi siempre un gesto de oler rancio...

Me parece haber oído de labios de Ar-

mando Donoso que un eminente filósofo español, le dijo en una de sus simples charlas que en Francia no existía nada interesante en la actualidad. ¡Perdón, maestro! Yo creo que Francia mantiene su prestigio de lampo eternamente renovado por la aparición de talentos unisonos respecto a la vida; o sea: un florilegio espontáneo de esta civilización. Francia nos da el grupo de escritores de este tiempo, nos da los genios nerviosos, telegráficos, los desarticulados en perfecto estado biológico que hacen prever al hombre de mañana: Cocteau, Delteil, Giraudoux, Morand, cuarteto original, sin más arraigo que una infima cicatriz, la marca inevitable del cordón umbilical.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Desde Madrid.

Bibliografía titular

Los impresos de la semana

De la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA. Director: Ricardo Rojas. Reconquista, 694. Buenos Aires:

El Matadero, por Esteban Echeverría. Sección de Documentos. Serie 4.ª. Novela. Tomo I, N.º 1. Buenos Aires. 1926.

De la Legación de Italia en San José de Costa Rica:

U. P. E. La ley Fascista en contra de la Masonería. Roma. 1926.

De la Secretaría de la Sociedad de las Naciones, Ginebra:

La Obra de la Sociedad de las Naciones, (Enero 1920-Junio-1925).

Conférence des Etats signataires du Protocole de Signature de Statut de la Cour Permanente de Justice Internationale. Publications de la Société des Nations. V. Questions Juridiques. 1926. V. 24.

Second Rapport Annuel de la Cour Permanente de Justice Internationale. (15 Juin 1925-15 Juin 1926). Publications de la Cour Permanente de Justice Internationale. Série E. N.º 2.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

La doncella heroica

El señor D. Carlos III, de grata memoria, odiaba a los ingleses que lo habían humillado siendo rey de Nápoles, y no bien ciñó la corona de España, por muerte de su hermano Fernando VI, cuando se dispuso a vengar el agravio, metiéndose en el berenjenal del Pacto de Familia y declarando la guerra a la Gran Bretaña, con esperanza de reconquistar el peñón de Gibraltar. No le fué la suerte favorable y en 1762 las escuadras británicas se adueñaron de varias de las Antillas menores, de la Habana y hasta de Manila. La isla de Jamaica, que desde 1655 había pasado a manos de Inglaterra y era en tiempos de paz una guarida de piratas y contrabandistas, sirvió en ésta y otras guerras de base de operaciones a los barcos ingleses que hostilizaban las colonias españolas del mar Caribe.

Inglaterra había heredado de los bucaneros y filibusteros el deseo vehemente de apoderarse de un paso interoceánico por la América Central, y no obstante que en esta difícil empresa fracasaron hombres tan audaces como Mánfield y Morgan, era permitido suponer que no resultaría superior a las fuerzas de Su Majestad Británica. El gobernador de Jamaica William Henry Littleton, juzgando el momento favorable para llevarla a cabo, despachó varios navíos de guerra y dos mil hombres contra Nicaragua que, según decía con visión profética un funcionario español en 1790, «era la llave de los tres reinos, tenazmente codiciada por los ingleses y tal vez más tarde lo sería también por los americanos separados». Las fuerzas británicas arribaron a la boca del San Juan y, guiadas por indios de la Mosquitia, emprendieron la subida del río en balandras y otras embarcaciones pequeñas hasta en número de cincuenta, con la mira de atacar el castillo de la Purísima Concepción, hoy Castillo Viejo. Cien años antes, el general D. Fernando Francisco de Escobelo había construido este castillo, situándolo en la margen derecha del río sobre una colina rocallosa en el raudal de la Santa Cruz, antiguamente llamado raudal del Diablo. Era de modestas proporciones, pero bastaba a defender el paso con sus treinta y seis piezas de artillería, sus murallas, sus cuatro baluartes y sólido caballero, el foso y las estacadas que lo rodeaban por la parte de tierra, más un fortín a la lengua del agua. Para evitar sorpresas lo atalayaba una batería en una isleta situada a corta distancia. No faltaban por lo tanto razones para suponer que en caso de ataque tendría mejor suerte que el de San Carlos de Austria, destruido en 1670 por el filibustero Gallardillo, quien así pudo sorprender y saquear la ciudad de Granada. Bien es verdad que tanta desgracia aconteció por haber el castellano Gonzalo de Noguera Rebolledo entregado al enemigo esta fortificación, erigida con tantos sudores y afanes por D. Juan Fernández de Salinas, adelantado de Costa Rica, en 1666.

Cuando se presentó la armada inglesa en el río San Juan, en el mes de agosto de 1762, no había por qué temer una nueva traición como la del infame Noguera. El castillo estaba en buenas manos. Su de-

fensa la había confiado el rey al capitán de artillería D. José de Herrera y Sotomayor, militar aguerrido y de un valor a toda prueba, que prestó excelentes servicios, especialmente en Cartagena de Indias durante el sitio de esta plaza en 1740 por el almirante inglés Vernon; pero no inspiraba igual confianza la guarnición en su totalidad compuesta de negros y mulatos. Acompañaban a D. José de Herrera en su destierro—que no de otro modo podía llamarse aquella castellanía remota—su mujer Da. Felipa de Udiarte y su hija doña Rafaela, de trece años de edad. El viejo militar sentía por esta niña, única heredera de su nombre, un amor entrañable. Dolíase de verla condenada a vivir recluida en el castillo solitario, donde los días pasaban todos igualmente tristes, sin que ningún halago viniese a romper el tedio de una existencia de exasperante uniformidad. Por todas partes la selva virgen limitaba el horizonte, sombría y monótona como el murmullo de las aguas del San Juan. El castellano había empleado todos los medios que le sugirió el cariño para distraer a su hija; pero los paseos en bote y la pesca en el río cada vez le agradaban menos, prefiriendo, a pesar de saberlo ya de memoria, el relato de los terribles combates que sostuvo su padre contra los ingleses de Vernon y el de las proezas de su abuelo, el brigadier y director general de ingenieros D. Juan de Herrera, quien durante más de sesenta años había servido al rey en Europa y en América, peleando bizarramente contra todo género de enemigos.

Siempre que evocaba estas y otras glorias de los Herreras, el capitán no podía dejar de lamentarse de que Dios no le hubiese deparado, en vez de aquella niña, un varón capaz de continuar las tradiciones de la familia con la espada al cinto y al cual hubiera transmitido sus conocimientos en el arte de la guerra; pero este pesar se lo guardaba en lo más hondo del corazón, por temor de que su hija adorada pudiera lastimarse. Una noche, en que después de la cena frugal había recaído la conversación, cómo tantas otras veces, sobre la ciudad de Cartagena de Indias, el capitán se puso a referir como había montado la artillería del cerro de San Lázaro, por orden del virrey D. Sebastián de Eslava. Con prolijos detalles y trazando líneas imaginarias sobre la mesa, indicaba el plano de las defensas y emplazamiento de los cañones. La niña le oía muy atenta. No así Da. Felipa, que acabó por quedarse dormida en su butaca de cuero. Al notar lo, D. José interrumpió su descripción y dijo con cierta amargura:

—Veo que os estoy aburriendo.

—A mí no, padre. Me gustan mucho las historias de guerra.

—¿Lo dices de veras?

—Sí, y bien sabe Dios que quisiera ser hombre para servir también al rey.

—¡Ah, si lo fueses, cuántas cosas te podría enseñar!

—Para eso no me hace falta serlo.

—Es verdad; pero ¿de qué te serviría aprender a manejar un cañón?

—Cuando menos para engañar el tiempo.

El semblante del capitán se cubrió de un velo de tristeza al oír esta respuesta que revelaba el hastío de la niña.

—Pobrecita mía—murmuró para sí. Y luego, levantándose bruscamente, añadió en voz alta:

—Vamos a dormir, ya es tarde.

Pero aquella noche pasaron largas horas antes de que pudiese conciliar el sueño. Se rebullía en la cama buscando un remedio para el fastidio de su Rafaela, sin poder encontrar ninguno, excepto el sugerido por

me, subió sola al terreón de San Fernando, cargó un cañón y rompió el fuego contra el campamento enemigo. Lo hizo con tan buena suerte que al tercer disparo acertó a meter una bala en la tienda del comandante, dejándolo sin vida.

Esfurecidos por la muerte de su jefe, los ingleses emprendieron con saña el ataque del castillo; pero ya la guarnición, entusiasmada por el heroísmo de la niña, les opuso enérgica y valerosa resistencia, causando grandes pérdidas en hombres y embarcaciones. A favor de la oscuridad de la noche renovaron el ataque por el río. Doña Rafaela lo frustró con un ardid muy ingenioso. Hizo empapar sábanas en aguardiente y echarlas encendidas al agua sobre ramas de árboles, para iluminar el campo de batalla. Sorprendidos los ingleses al ver aquellas hogueras flotantes, se imaginaron que se trataba del antiguo fuego griego y suspendieron el ataque. Cinco días duró la pelea, hasta que por fin, descorazonados, los ingleses abandonaron el campo, regresando a sus navíos y a Jamaica.

La derrota de los británicos causó inmenso regocijo en Nicaragua, especialmente en Granada; y cuando la heroica niña llegó con su madre a esta ciudad donde se avecindaron, fué recibida en triunfo y colmada de alabanzas y bendiciones por haberla salvado. Algunos años después entregó su linda y valerosa mano a un caballero granadino llamado D. Pablo de Mora; pero la providencia no le deparó la felicidad que su heroísmo y virtudes merecían. Viuda y madre de cinco hijos, de los cuales dos estaban baldados, vivía doña Rafaela sumida en gran pobreza cuando en 1780 estuvo en Granada el capitán general de Guatemala don D. Matías de Gálvez. A él acudió la desventurada heroína suplicándole que se informara del glorioso suceso, a fin de que diese cuenta al rey e inclinase su piedad católica a socorrer a una espa-

ñola, hija de tan honrados padres y abuelos. Don Matías de Gálvez se apresuró a escribir sobre el asunto a su hermano el ministro de Indias, y el 11 de noviembre de 1781 don Carlos III recompensó con una modesta pensión vitalicia a Da. Rafaela de Herrera y Udiarte, por haberle hecho «tan señalado servicio... consiguiendo, a pesar de las superiores fuerzas del enemigo, hacerle levantar el sitio y ponerse en vergonzosa fuga». Estas mismas son las palabras de la real cédula.

Cuando el rey de España otorgó esta recompensa mezquina y tardía a una mujer acreedora a los más grandes honores, los ingleses habían vengado ya el descabro que Da. Rafaela les infligió. Una expedición procedente de Jamaica y mandada por el coronel Polson, de la cual formaba parte el capitán Horacio Nelson, futuro vencedor de Trafalgar, atacó el castillo de la Purísima Concepción en abril de 1780, obligándolo a capitular el 2 de mayo siguiente, por falta de agua y después de veinte días de asedio y encarnizados combates. El comandante D. Juan de Ayssa lo defendió con insigne bravura, pero menos fortuna que la doncella heroica.

En 1857, uno de los descendientes de Da. Rafaela, el general D. Tomás Martínez, fué llamado a ocupar el solio presidencial de Nicaragua, y con este motivo el periódico del gobierno evocó el recuerdo de una hazaña que merece ser perpetuada en bronce. No han faltado quienes la pongan en duda, entre otros un notable escritor norteamericano, apologista del filibustero William Walker; pero los testimonios escritos y fehacientes que se conservan, proclaman a Da. Rafaela una de las más grandes heroínas de todos los tiempos.

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

Crónicas Coloniales.
San José de Costa Rica.

Respuestas impersonales

(Viene de la página 118)

la mera inteligencia discursiva, en presencia de todos los dolores humanos, declaran que la vida es dolor, la vida agitada de nuestro mundo. Ellos saben de manera experimental que hay otra vida a la cual dan el nombre de la verdadera realidad, el *sat* de la Vedanta. Para ellos, pues, las cosas que ordinariamente llamamos reales son ilusorias, son las *sombras* de la caverna en la *República* de Platón. De suerte, pues, que para el místico aquella contradicción no existe. La suprema realidad suya está detrás de la mudable ilusión, que es la realidad de los demás mortales. Y la función de la ilusión es la de llevarnos sobre las aguas del gran río de las mudanzas hacia el Gran Océano de las Ideas y las Inteligencias.

3.—A Poetas geniales de América

Amo vuestra gallarda ostentación de fuerza, porque si os llamáis genios es porque en ciertos instantes de vuestra vida habéis sentido la divina agitación dentro de vosotros. Quizás habéis visto brillar en vuestra lámpara de arcilla una llama celeste nutriéndose en el aceite sublimado de vuestra vida.

Puede que vuestra seguridad sea como un eco terreno de la voz del Gran Yo de que sois un rayo excelso. Cuando me declaráis lo que sois yo no sonrío. Pero a veces he sentido el anhelo de deciros que yo he tenido la fortuna de contemplar los leones y de vivir entre las águilas. Estas nunca mencionan la potencia de sus alas; simplemente vuelan. Ni los leones aluden a la majestad de su melena ni al imperio de su voz; cuando ellos rugen sienten que la selva se les llena de silencio y de asombro.

4.—Un plan de estudios

La batalla contra la influencia del dólar deberá hacerse sobre la base del derecho—tal es la tesis. Al dólar sólo podremos oponer la justicia. Bien, Hagamos hondo, demos amplitud y perennidad al sentimiento de justicia, hagamos noble la concepción del derecho. Pues bien, un programa de estudios que deje de lado la cultura del sentimiento de justicia, el concepto del derecho, no conduce a aquel fin. Las matemáticas y las ciencias físicas cultivan la exactitud, pero no desenvuelven los sentimientos de derecho y de justicia en los seres humanos. Las monstruosidades de 1914 a 1918 con Matemáticas y Ciencias físicas se cometieron. Se

mató exactamente, químicamente, pero no se inculcó, no se fomentó el sentimiento de justicia ni de humanidad. En los hospitales se curó más exactamente, químicamente. Mas las Matemáticas ni la Química llevaron a los hombres a la guerra, ni concibieron y organizaron los hospitales.

Se dirá que el Castellano o que la Historia sirven ese propósito. Si te sirven y grandemente. Pero es yendo al corazón de los hombres, allí donde el amor de las cosas ideales y nobles y grandes tiene que romper la neutralidad en asuntos sociales, religiosos y morales. Un plan de estudios que deja de lado las cosas esencialmente humanas sólo crearía estos monstruos que llenan las cárceles, atiborrados de Química y de Ornitología, pero sin sentimientos de humanidad, ni de derecho ni de justicia. Tal plan de estudios está destinado a producir la esclavitud del pueblo a que se aplicará. Plan para monstruos.

R. BRENES MESA

33 Fisk Hall
Northwestern University
Evanston, Ill. U. S. A.

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO
y recoméndelo a sus amigos.